PALABRAS de un lector apasionado

Este Primer Salón del Libro Teatral Español e Iberoamericano que hemos celebrado con tanto entusiasmo nos ha obligado a reflexionar sobre la doble condición de la literatura dramática, a caballo entre la representación pública y la lectura íntima. A veces, entre nosotros, «literario» se convierte en un término despectivo, cargado de sospechas. Pero literaria es la condición de todo el teatro. El grande y el pequeño, en cuanto sufre esa maravillosa operación por la que el texto se ve «fijado» sobre la superficie del papel, o ahora, en estos tiempos cibernéticos, sobre la misteriosa fibra óptica que transporta nuestras palabras en una décima de segundo através de la Red.

Es verdad que el teatro se concibe casi siempre «para ser representado» y que ese es su destino «natural». Pero la letra, la discreta y humilde letra, sin pretender dar cuenta del fenómeno en toda su complejidad, nos permite salvar algo del naufragio de la oralidad. Esos signos escritos sobre el mar, que desaparecen apenas emitidos, sobreviven agarrados a esa tabla flotante: el libro.

Quizá por este motivo nos hemos sentido particularmente conmovidos por el discurso con el que **Antonio Gala** abría este primer Salón. ¿Podíamos dejar perderse este pequeño ensayo, lleno de inteligencia y belleza? ¿Traicionaríamos su sentido al rescatarlo entre las ondas azules de la circunstancia? Finalmente, hemos decidido publicarlo, siguiendo, creemos, las indicaciones subliminales de su autor.

Fermín Cabal

Palabras de Antonio Gala en la inauguración del Primer Salón del Libro Teatral Español e Iberoamericano

El placer artístico o estético es, al parecer, cada día menos buscado en el aislamiento. Y no ya en el aislamiento de la persona, sino en el de un país o una cultura determinados. Si por algo se caracteriza a primera vista el teatro es por ser un arte de participación y de solidaridad, por referirse a una emoción viva y contagiosa y apoyarse en ella; por ser sensible, acaso más que ninguna otra expresión artística, a la existencia o inexistencia de un auditorio, de un auditorio en libertad. Pero el teatro es como la vida, multiforme; es susceptible de ser leído en el mayor y en el menor de los aislamientos, en un estudio recogido o entre las embestidas del metro. Así, el lector se queda frente a los personajes, los reinventa o los recuerda, los viste, los escucha, los mezcla, los vaticina, los acompaña, los imagina, y, en definitiva, los adopta. El teatro verdadero, es decir, no el contingente sino el necesario, el que expresa necesariamente la actitud de un pueblo ante la vida y la muerte, la pena o la alegría, el amor y la libertad, ese teatro necesario es mucho más que un arte, es un hábitat cultural, la concreción más directa de la cultura colectiva. Porque la cultura, también como la vida, no es poseída por nosotros, sino que nos posee; no la tenemos nosotros a la cultura, sino que ella nos tiene. Es nuestro origen y nuestro proyecto, nuestra memoria y nuestra profecía. Cada uno de nosotros ha de aspirar a ser sólo su vehículo transmisor, su cauce y su utensilio. Cuanto más obedientes, por tanto, más fieles le seremos. Cuanto menos se nos perciba personalmente, más eficaces. De ahí que el teatro sea un gesto eterno, nacido con el hombre y congénito a él. Un gesto que consiste en fingir ser otro para acabar por ser más uno mismo y por serlo mejor. Un gesto que ayuda al autor, para quien es su voz y su razón de ser; al actor, para quien es su patria; al espectador, para quien es su espejo, y también al lector, para quien es la razón de una búsqueda y el ejercicio de un encuentro. Más que ninguna otra literatura, el teatro, que es literatura, pertenece a la vida de una comunidad, la significa. En realidad la comunidad lo escribe, lo representa, lo lee y lo usa. Cuando un pueblo se encuentra o se reencuentra en la escena o en el libro, en su teatro, a solas o en compañía, ese teatro será más tarde clásico. El que le sea impuesto a cualquier pueblo desaparecerá.

El verdadero teatro al que aludía al principio, el necesario, es sólo el representativo de cuanto identifique a esa sociedad a la que él corresponde. El que recoja lo más hondo de su identidad y lo transmite y lo desrefleje, y lo desarrolle y lo depure. El teatro verdadero no termina en la isla iluminada y mágica del escenario. No lo hacen sólo autores, actores, directores y escenógrafos; no lo hace sólo el enardecido amor de la gente del teatro que levanta su apasionada bandera en las plazas de las aldeas o en las calles de las ciudades. No lo hace sólo el teatro la irrazonada e inexplicable vocación de unas gentes que queman su alada vida con alegría entre las candilejas persiguiendo no saben bien qué; personajes e intérpretes de sí mismos, los actores, perennes desdoblados, inacabados adolescentes, crueles, misteriosos, tiernos, evidentes y humanísimos. No hace sólo el teatro la gente del teatro desde su isla brillante y desierta a la vez, desde donde como robinsones perpetuos pasan el tiempo acechando la huella de un pie humano en la arena, una huella que sólo puede dejarla el reconocimiento de la sociedad que en aquel teatro se contempla. El teatro no es más que la arcilla en que esa huella se imprime y no le es lícito traicionarla jamás. Porque el verdadero teatro, desde el principio, desde los

El verdadero teatro
lo ha de hacer el lector,
escuchando dentro
del corazón voces,
susurros, gritos,
y siendo él mismo
la tramoya.

En la lectura se puede agregar toda la fantasmagoría, la luz, la imaginación, la colaboración que cualquier teatro necesita.

griegos, aparece como escrito en un rollo, en un pergamino, en un libro, en lo que quiera que sea, y lo ha de hacer el verdadero teatro el lector, escuchando dentro del corazón voces, susurros, gritos, y siendo él mismo la tramoya, el escenario, los actores, el director, el iluminador, todos los que colaboran en hacerlo en la realidad. Ese es el motivo de que el espejo que el teatro supone tenga como el dios Jano una doble frente, un anverso y un reverso. En el primero se refleja el pasado; en el segundo, el porvenir, y de las lecciones y esperanzas del primero saldrá el segundo, hermoseado y lúcido. Pertenecemos a un país en que esto quedó sumamente claro, porque es que el teatro en el Siglo de Oro español ¿no fue catedral y paisaje y patrimonio y biblioteca y escuela y calle para todos?, ¿no convergieron y se identificaron en él historia, realidad y pueblo?, ¿puede el español definirse, contarse, cantarse, sin su teatro...? Hay una afirmación indudable: ninguna sociedad mediocre será nunca capaz de sostener un teatro glorioso, porque el teatro, el sincero, el auténtico, es a la vez una consecuencia de la sociedad a la que se dirige y una incoación de sus mejoras y de sus perfeccionamientos. El teatro abrumaría siempre a una sociedad que fuese inferior a él; tal fue lo que sucedió en el Siglo de Oro español. De oro sólo la literatura, no el resto. Una época durante la que en España todo iba manga por hombro. En ella los reyes eran como los pozos: más grandes cuanta más tierra se les quita. Una época que pretendió ocultar la decadencia con falsas alegrías teatrales y las liviandades con los arrepentimientos; es decir, una época en que toda la vida fue teatro, mal teatro. Mal teatro hicieron los gobernantes que ofrecían el espectáculo de una ficticia grandeza con que aniquilar la realidad empobrecida y triste. Mal teatro hizo el pueblo también que pasaba del hambre al tedeum, de la zarabanda al auto de fe. Quizá si entonces se hubiese leído el teatro, su lectura hubiese dado lugar a una reflexión regeneradora y más productiva, porque el lector, frente a frente a la obra, la digiere mejor, la entiende más, la incorpora y la siente más dentro de sí. Ya está bien de llamar autor y no escritor a quien escribe teatro, como si no se tratase de un género literario específico, tan glorioso y equiparable a la lírica o a la narrativa. En experiencias semejantes se confirma la trascendencia identificadora del teatro y su doble vertiente: en él se trata ante todo de revivir y se revive muy bien leyendo; de resucitar algo que pasó pero que sigue aún pasando porque es definitivo, de quien hoy lo contempla, de quien contempla o lee el teatro y se contempla o se lee en el teatro, y ese algo que subraya una identidad se resucita sólo para que no sea olvidado, pero también para que sea vuelto a vivir, para que con la distancia que impone el escenario o la proximidad e identificación que impone el libro y significa, sea más fácil de aprender, de convivir, de comunicar, de compartir. Por tal razón desde siempre cada pueblo ha intentado manifestarse y purificarse y progresar en su teatro, no sólo en su forma de aparecer sino en su forma de ser recibido. Yo de mí sé decir que con frecuencia una representación me ha decepcionado después de una lectura en la intimidad, porque en la lectura se puede agregar toda la fantasmagoría, la luz, la imaginación, la colaboración que cualquier teatro necesita de su público, sea auditor o sea lector. Por tal razón, la múltiple riqueza del hombre, de sus sentimientos, de sus idiomas, de su historia, ha exigido y exige también una multiplicidad de teatros y de formas de llegar al teatro. Creo que este alto fin multiplicador es lo que persigue este "Primer Salón del Libro Teatral" al que asisto tan orgulloso y tan complacido. El ademán característico de la libertad es el de abrir no sólo otra manera de recibir que abriéndose, igual que se abre un libro. Uno de los caminos más fértiles de conocimiento de un pueblo a sí mismo y de unos pueblos a otros es el teatro, y aún más el teatro que se lee y sobre el que se medita. Y el conocimiento, a su vez, es el camino más recto hacia la comprensión, hacia el amor, hacia la paz entre los hombres. De ahí la importancia, imposible de exagerar, de esta invitación a la lectura del teatro, y de ahí que nuestra responsabilidad de creadores o de aficionados sea, mis queridos amigos, la más grave pero también la más alegre y desde luego, la más esperanzada. Muchas gracias. ■